

El cacique Domingo Melín campea con óptimas virtudes frecuentes entre los suyos: callado, de una lealtad a toda prueba, valiente y delicado, sobrio en su viril galantería, en alguna ocasión aparece «hierático». Y este epíteto que produce una primera impresión de algo literariamente desenfocado, nos revela de pronto otra vez la «frontera». Lo espiritualmente desconocido que anhelamos intuir «en un acto de arrebatado amor».

Estas y muchas otras ideas que por ahora no tenemos tiempo de expresar nos ha sugerido la inmersión en este mundo palpitante de vida que es «Frontera»; pero nada sino su lectura misma podría formar una imagen cabal de su poderosa seducción.—FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ.



«A NADIE DARÉ UNA DROGA MORTAL». Novela, de  
*Andrés Terbay*

El título es largo, pero el libro resulta breve.

Se trata de la novela de un médico, escrita por un médico, que irrumpe en la literatura con todo el ímpetu, la simpatía y la ingenuidad del hombre de ciencia.

Seguimos la vida de un médico joven desde el momento en que recibe su título y vamos interesándonos por los altibajos de su carrera como profesional y por sus crisis económicas y sentimentales. Una peripecia rica en episodios, que se va realizando en una narración rápida, de párrafo breve, nervioso, mantiene siempre el interés, grande ya por el mismo tema. Pues para la sociedad actual pocas cosas hay más interesantes que la medicina. El médico ha superado al

brujo puesto que posee una técnica basada en la verdad objetiva, mas lo ha heredado, simplemente, en otros aspectos. Sus pacientes llegan a tener fe en él. Y, en general, los profanos sienten una curiosidad insaciable por conocer los detalles íntimos de consultas y clínicas. El médico es el custodio de la salud de todos, de nuestra salud, cosa de interés máximo.

Pero, en nuestros días, la misión del doctor se ha ampliado de un modo extraño, en ocasiones peligroso. Abarca desde la dirección «técnica» de un instituto de belleza hasta la complicidad en manejos siniestros contra la natalidad. Así, tras exteriores análogos, los miembros de esta profesión médica varían desde el sabio desinteresado y de vida pura hasta el inepto que explota la enfermedad de moda o el depravado que manipula por dinero en las sagradas fuentes de la vida.

De todo esto nos habla el doctor Terbay en su novela. Los amores del protagonista, sus apuros económicos iniciales, el encuentro con el cliente pobre, que sólo tiene cincuenta pesos, y con la millonaria espléndida que paga algo más valioso para ella que el acierto, la sinceridad; todo esto que es anécdota de la iniciación profesional, va siendo sustituido, conforme avanza el libro, por una pintura de lo que podríamos llamar la zona turbia del ejercicio médico.

El descenso es por etapas, conforme a un esquema lógico, apenas disimulado. El profesor Trevier, en quien se nos pinta a una de esas figuras gloriosas de la cátedra y del hospital que hacen de su carrera la más santa de la tierra, muere. Y con la desaparición de su protector, se cierran para Pablo, el protagonista, las posibilidades del triunfo merecido en el camino recto. El nuevo profesor, competente pero ególatra e incom-

prensivo, puede romper y rompe los planes de su predecesor. Es más, se complace en hacerlo. De modo que Pablo queda fuera del servicio.

El alma de dicho médico joven, ante este choque con la injusticia, se malogra. Con la muerte de Trevier y con el abandono de su novia, Diana—en quien despierta el apetito de riquezas—se le han cerrado las puertas de su paraíso, de su esperanza. Y comienza su viaje por los círculos internos; el del juego y el de la degradación profesional.

Hay mucho de combate en estas páginas en que el doctor Terbay nos describe el interior de una clínica donde se practican los métodos anticoncepcionales. Además, el lenguaje se hace a ratos ceñidamente técnico.

Pero los detalles están dados con tal fuerza y el dramatismo de la acción acrece con tal habilidad, hasta el momento culminante en que una paciente muere, que estas duras páginas se leen con todo interés.

La novela tiene su lado débil en lo sumario de muchas psicologías y en lo rectilíneo de la acción. Pero la fuerza de su prosa desaliñada y exacta, la riqueza de episodios, lo extraño de ciertos ambientes sacados valientemente a plena luz y la pasión noble y sana con que el autor escribe, son otros tantos méritos innegables del libro.

Ojalá que la novela del doctor Terbay lograra algo en el terreno social, como logró Dickens con su «Pickwick» que se reformara el régimen de las cárceles inglesas. Mientras tanto, y desde el lado de las letras, podemos felicitarnos de que una pluma vigorosa, como es la de este autor, nos habla de un nuevo mundo interesante. No todo ha de ser campesinos en salsa paisajista y desocupados en salsa proustiana.—ELEAR HUERTA.